

El libro: su pasado y su futuro

Entrevista a Roger Chartier

Ivan Jablonka
www.laviedesidees.fr

Internet, el *e-book*, el proyecto Google... Roger Chartier, profesor del Colegio de Francia, analiza estos cambios desde el punto de vista histórico. Se nos plantea una nueva cuestión: el texto, en su forma electrónica, ¿debe beneficiarse de la fijación, como los libros en papel, o puede sacar provecho del anonimato y de la multiplicación sin fin? Lo que es seguro es que la multiplicación de los soportes editoriales, de los periódicos y de las pantallas diversifica las prácticas de una sociedad que, al contrario de lo que se oye decir aquí y allá, lee cada vez más.

Las mutaciones del libro como objeto

LA VIE DES IDÉES: Me gustaría comentar con usted la forma en que el libro, en tanto que objeto, se transforma hoy bajo la influencia de las tecnologías ligadas a Internet (los *e-books*, la impresión bajo demanda, etc.). ¿Podría hablar de las mutaciones que ha experimentado el libro desde la invención del código?

ROGER CHARTIER: La primera cuestión es: ¿qué es un libro? Kant se hacía esta pregunta en la segunda parte de *Fundamentos de la metafísica de las costumbres*, y en ella daba una definición clara de lo que es un libro. Por un lado, es un objeto producido de un trabajo de manufactura, ya sea copia manuscrita, impresión o incluso producción electrónica, que pertenece a aquel que lo adquiere. A la vez, un libro también es una obra, un discurso. Kant dice que es un discurso dirigido a un público, siempre propiedad de aquel que lo ha compuesto, y que sólo puede ser difundido a través de la orden que da al librero o al editor para ponerlo en circulación.

Todos los problemas de la reflexión están relacionados con ese complejo vínculo entre el libro como objeto material y el libro como obra intelectual o estética, porque, hasta hoy, la relación siempre se ha establecido entre estas dos cate-

gorías, entre estas dos definiciones —por un lado, las obras que tienen una lógica, una coherencia, que son completas, y por otro las formas materiales de su inscripción, que en la Antigüedad y hasta el primer siglo de nuestra era fue el rollo. En ese caso, la obra se difundía a menudo por medio de varios objetos. A partir de la invención del códice (es decir, del libro tal y como lo conocemos todavía, con los tomos, los pliegos y las páginas) se da la situación inversa: un mismo códice podía, y esto era lo habitual, contener diferentes libros en el sentido de obra.

La novedad ahora es que esta relación entre clases de objetos y tipos de discurso se ha roto, porque hay una continuidad textual que se ofrece al lector a través de la pantalla y porque la inscripción material sobre esta superficie ilimitada no se corresponde ya con tipos de objetos (los rollos de la Antigüedad, los códices manuscritos o el libro impreso a partir de Gutenberg). Esto implica discusiones que pueden versar sobre aspectos jurídicos, en el terreno del derecho o de la propiedad. ¿Cómo mantener las categorías de la propiedad de una obra en el marco de una técnica que ya no delimita la obra como lo hacía el objeto, el antiguo rollo o el códice? Esto puede tener también consecuencias en el reconocimiento de los estatutos de la autoridad científica. En la época del códice, una jerarquía de objetos podía indicar más o menos una jerarquía en la validez de los discursos. Había una diferencia inmediatamente perceptible entre la enciclopedia, el libro, el periódico, la revista, la ficha, la carta, etc..., que eran materialmente legibles, visibles, manipulables, y que correspondían a registros de discursos que se inscribían en una pluralidad de formas.

Actualmente, sin embargo, el único objeto —hay uno sobre esta mesa— es el ordenador, que contiene todos los tipos de discurso, sean cuales fueren, y que hace absolutamente inmediata la continuidad entre las lecturas y la escritura.

Ahora podemos abordar las reflexiones contemporáneas, pero teniendo en cuenta esta dualidad que a menudo olvidamos. El problema del libro electrónico se plantea por la rematerialización en un orden de objetos como el *e-book* o el ordenador portátil, que son objetos únicos para todos los tipos de textos. A partir de ahí, la relación se establece en términos nuevos.

LA VIE DES IDÉES: Michel de Certeau establece una distinción entre la marca escrita, fija y duradera, y la lectura, que es del orden de lo efímero¹. Pero en Internet los textos no dejan de mutar y transformarse. Exagerando un poco, podríamos decir que Internet es un universo de «plagiadores plagiados»². ¿Cree usted que ha habido una ruptura, o diría que a lo largo de la historia, y especialmente en el siglo XVII, el texto no ha tenido una forma estable?

1. *Historia de la lectura*. Taurus, 2001.

2. *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (Siglos XI-XVII)*. Katz, 2006.

ROGER CHARTIER: Sí. En su distinción, Michel de Certeau se refiere al lector viajero, que construye el significado a partir de limitaciones y que al mismo tiempo lo construye a partir de libertades, es decir que «va de caza». Si vamos de caza es porque hay un territorio protegido, prohibido y delimitado. De Certeau comparaba a menudo la escritura con la labranza y la lectura con el viaje (o con la caza). Efectivamente, es una visión que ha podido inspirar trabajos sobre la historia de la lectura o la sociología y la antropología de la lectura, partiendo del hecho de que la lectura ya no estaba limitada al texto, sino que era el producto de una relación dinámica, dialéctica, entre el lector, sus expectativas, sus competencias, sus intereses y el texto que leía.

Pero esta distinción productora puede también esconder dos hechos. El primero es que el lector cazador está de por sí bastante influenciado por determinaciones colectivas, puede pertenecer a diferentes comunidades de interpretación o comunidades de lectura, y por lo tanto esa libertad creadora, ese consumo que es producción, tiene sus propios límites, es socialmente diferencial. En segundo lugar, como usted dice, el terreno del texto es un terreno más móvil que una parcela de campo, en la medida que, por varias razones, esa movilidad existía anteriormente. Las condiciones técnicas de la reproducción de textos, por ejemplo la copia manuscrita (que ha existido hasta el siglo XVIII o XIX), están abiertas a esa movilidad del texto, de una copia a otra. Excepto en el caso de textos muy marcados por la sacralidad, donde la letra debe respetarse, todos los textos están abiertos a interpretaciones, adiciones, mutaciones, etc. En la primera época de la imprenta, es decir entre mediados del siglo XV y principios del XIX, las tiradas están, por varias razones, restringidas a entre 1.000 y 1.500 ejemplares. A partir de ese momento, el éxito de una obra se mide por la multiplicidad de sus reediciones. Y cada reedición es una reinterpretación del texto, ya sea por su tipografía, modificable, o incluso por el dispositivo material de presentación, que es una forma de variación. Incluso si en un texto no se cambia ni una sola coma, la modificación de sus formas de publicación —caracteres tipográficos, presencia o no de imágenes, divisiones del texto, etc.— crea una movilidad en las posibilidades de apropiación. Tenemos pues poderosos argumentos para afirmar la movilidad de los textos.

Existen otros que son intelectuales o estéticos: hasta el Romanticismo las historias pertenecen a todo el mundo y los textos se escriben a través de fórmulas ya existentes. Esta maleabilidad de las historias, esta pluralidad de recursos disponibles para escribir, crea otra forma de movimiento, imposible de recluir en la letra de un texto estable para siempre. Y podríamos añadir que el copyright no hace sino reforzar esta idea. Es por supuesto paradójico, porque el copyright reconoce que la obra siempre es idéntica a sí misma. Pero, ¿qué protege el copyright? En los siglos XVIII y XIX protege todas las formas posibles de publicación impresa

del texto, y actualmente, todas las formas posibles de publicación del texto, ya sea una adaptación cinematográfica, un programa de televisión o múltiples ediciones. Tenemos pues un principio de unidad jurídica que cubre precisamente la pluralidad indefinida de los estados sucesivos o simultáneos de la obra.

Con la aparición del texto electrónico, ese texto palimpsesto y polifónico, creo que es necesario contextualizar la movilidad contemporánea en un concepto de larga duración basado en las movi­lidades textuales anteriores. Pero el problema no se limita a eso, sino que en el mundo electrónico se producen constantes intentos por reducir esa movilidad. Se trata de la condición de posibilidad de que los productos sean vendibles —una *opus mechanicum*, como hubiese dicho Kant, y de la condición de posibilidad de que los nombres propios sean reconocibles a la vez como creadores y como beneficiarios de la creación. De ahí la profunda contradicción que había desarrollado Robert Darnton entre esta movilidad infinita de la comunicación electrónica y el esfuerzo por ceñir el texto electrónico a categorías mentales o intelectuales, y también a formas materiales que lo fijan, que lo definen, que lo transforman en una parcela en la que quizá el lector vaya de caza, pero una parcela que tendría unas fronteras, unos límites y un contenido lo suficientemente estables. Éste es el gran desafío: saber si el texto electrónico debe someterse a conceptos heredados y por lo tanto transformar de golpe su materialidad, con una fijación y unas seguridades, o si por el contrario las posibilidades de este anonimato, de esta multiplicidad, de esta movilidad sin fin dominarán los usos de la escritura y de la lectura. Creo que es ahí donde se centran la discusión, las incertidumbres y las vacilaciones contemporáneas.

LA VIE DES IDÉES: Para terminar con esta serie de preguntas en torno a las mutaciones del libro en tanto que objeto, me gustaría preguntarle sobre las mutaciones del lugar que históricamente acoge a este objeto: la biblioteca. En su programa google.books (<http://books.google.com>), Google ha digitalizado los libros de veintiocho bibliotecas, entre las que se encuentran las de Harvard, Standford y Oxford. El programa tiene adeptos (críticos) como Darnton y detractores como Jean-Noël Jeanneney. ¿Cree usted que Google creará una biblioteca mundial abierta a todos?

ROGER CHARTIER: Aquí también, en el fondo de este proyecto, encontraríamos mitos y figuras antiguas, en particular una biblioteca que contendría todos los libros. Éste era el proyecto de los ptolomeos en Alejandría. Google se inscribiría en esta perspectiva de la biblioteca que contendría todos los libros creados, así como los libros que se escribirán en el futuro. Técnica e idealmente, no hay ninguna razón para pensar que todos los libros existentes en una forma u otra no podrían estar digitalizados y por tanto integrados en una biblioteca universal.

Pero una de las primeras limitaciones es que el proyecto de Google depende de una empresa capitalista. Está gobernado por lógicas económicas, aunque éstas no sean inmediatamente visibles, que también pueden gobernar sobre los anunciantes o los apoyos con los que cuenta esta enorme firma. Por otra parte, es un proyecto que, aunque pretenda ser universal, favorece a la lengua inglesa. Como dijo una ex gobernadora de Texas, «si a Jesús le bastó con el inglés, deberá bastarles a los niños de Texas». Indudablemente había leído la Biblia en la traducción del rey Santiago, y no las versiones anteriores. El proyecto no se presenta de esta forma pero, sin embargo, dado que las cinco primeras bibliotecas escogidas fueron anglosajonas, la mayor parte del fondo estaba necesariamente en lengua inglesa.

¿Cuáles son entonces las respuestas posibles? Se propuso que las bibliotecas nacionales y europeas pudiesen organizarse con el fin de tener un proyecto alternativo. Era alternativo en términos de variedad lingüística y también porque estaba basado sobre todo en el poder público, y no en la empresa privada. Pero se puede suponer que, a través de esos trozos de bibliotecas universales, se podría llegar a una biblioteca universal, aunque no estuviese unificada por un Ptolomeo contemporáneo. No hay razón para pensar que no podría ser accesible de forma electrónica.

A partir de ahí, la cuestión que se plantea no trata solamente de las lenguas y de la responsabilidad, sino también de saber si esta biblioteca universal, que no necesita potencialmente ya de ningún espacio puesto que cada uno con su ordenador, allí donde sea, puede recuperar tal o cual título, sentencia la muerte de las bibliotecas tal y como las conocemos, un lugar donde los libros se conservan, se clasifican y se consultan. Creo que la respuesta es no. El proceso de digitalización defiende con más fuerza aún el mantenimiento de la definición tradicional, porque volvemos a un punto siempre fundamental según el cual, como decía Don McKenzie, las formas afectan al sentido. El gran peligro del proceso de digitalización es el de creer que un texto es el mismo independientemente de su soporte. Por fundamental que sea el acceso a los textos en forma digital, lo que se refuerza sin embargo a través de esta digitalización es el papel de la conservación patrimonial de las formas sucesivas que los textos han tenido para sus sucesivos lectores. La tarea de conservación, de catalogación y de consulta de textos en las formas que han sido aquellas de su circulación se convierte en una exigencia absolutamente fundamental, que refuerza la dimensión patrimonial y conservadora de las bibliotecas.

Esto se puede demostrar por medio de muchos ejemplos. En el siglo XIX, la novela existía en diversas formas materiales: folletines semanales o diarios en los periódicos, publicaciones por entregas, libros para salones de lectura, antologías de un solo autor u obras de varios autores, obras completas, etc. Cada forma de publicación comportaba diferentes posibilidades de apropiación, diferentes tipos

de expectativas, de relaciones temporales con el texto. La necesidad de reforzar este papel conservador de los patrimonios escritos no resulta sólo beneficiosa para los eruditos que desearían reconstruir la historia de los textos, sino también para la relación que las sociedades contemporáneas mantienen con su propio pasado, es decir con las formas sucesivas que la cultura escrita ha adquirido en el pasado.

El mayor debate en torno a proyectos como el de Google, imitados después por consorcios de bibliotecas, se centra en eso. Al conocer la existencia del proyecto de Google, algunos conservadores de bibliotecas pensaron que iban a poder vaciar las tiendas y volver a utilizar las salas de lectura. También lo vemos en la polémica que se ha desencadenado en Estados Unidos por la destrucción de periódicos de los siglos XIX y XX una vez reproducidos en un sustituto, en este caso el microfilm; pero el riesgo sería aún mayor con la digitalización. Las bibliotecas vendieron sus colecciones, o fueron destruidas durante el proceso de microfilmación. Un novelista norteamericano, Nicholson Baker, ha escrito un libro para denunciar esta política, que ha sido la que han adoptado la Library of Congress y la British Library, y también para intentar él mismo salvar el patrimonio escrito, puesto que creó una especie de archivo de colecciones de periódicos norteamericanos desde 1850 hasta 1950.

¿Qué es la lectura?

LA VIE DES IDÉES: Las prácticas de lectura no han dejado de cambiar desde la aparición de la escritura. Se lee en voz alta en familia, al anochecer, o en solitario y en silencio. ¿Podría recordar las diferentes maneras de leer a lo largo de la historia?

ROGER CHARTIER: Hay dos dimensiones: una morfológica y otra cronológica. Podemos señalar momentos en los que las condiciones de posibilidad de la lectura se transforman totalmente. En un largo desarrollo medieval, los cada vez más numerosos lectores empezaron a leer como leemos nosotros, es decir en silencio y con los ojos, mientras que la lectura oral era a la vez una manera habitual de compartir el texto entre los letrados y una de las condiciones para comprenderlo. El desarrollo de la lectura silenciosa y visual tuvo como causa y consecuencia una nueva forma de inscripción de los textos, en particular la introducción de la separación entre las palabras, algo que no existía en la mayoría de los textos latinos. Fue una de las grandes revoluciones de la lectura.

En el siglo XVIII se puede hablar de una nueva revolución, pero su expresión es motivo de controversia. Los objetos leídos se multiplican: hay una importante circulación de periódicos, se multiplican los libelos y panfletos, se vive un momento de crecimiento de la producción libresca en todos los países europeos.

Por otra parte, la lectura se ha distanciado un poco de la forma de respeto, obediencia y sacralidad, que aún la marcaba profundamente, para convertirse en una lectura más desenvuelta, crítica y móvil. En el siglo XVIII hubo, y así lo sentían los contemporáneos, una fiebre por la lectura, una especie de pasión por leer. El siglo XIX marca otra etapa muy importante. En ese momento, la tensión entre las normas de lectura, impuestas desde la escuela, y la fuerte proliferación de lecturas en medios sociales cada vez más amplios, se agudiza. La multiplicación de los escritos en el siglo XIX puede verse en los muros de la ciudad, en carteles, afiches, en la prensa, que en esa época cambia de naturaleza, y, a partir de la segunda mitad del siglo, en las colecciones populares.

Se puede pues trazar un recorrido de las transformaciones, unas vinculadas a la morfología de la lectura (silenciosa u oral), y otras a la tensión entre la imposición de normas para la «buena lectura» y las prácticas cotidianas, tan agresivas como múltiples. Los historiadores han debatido la validez de esta o aquella ruptura y la posibilidad de calificarlas como «revoluciones de la lectura». Por otra parte, la pluralidad que usted evoca no es simplemente una pluralidad morfológica y cronológica; en todas las sociedades (medieval, de las Luces, del siglo XIX) observamos la diferenciación de lo que podríamos llamar comunidades de interpretaciones o comunidades de lectura, organizadas a partir de las mismas competencias, de las mismas expectativas con respecto a la escritura y de los mismos convencionalismos de lectura. Hay un famoso artículo de Michel de Certeau sobre las comunidades místicas, españolas o francesas, de finales del siglo XVI y principios del XVII, que se unifican a través de la relación con el libro, por medio de prácticas específicas de lectura, por una desvinculación progresiva de la oración. También hemos tratado de analizar qué era lo que podía caracterizar a las lecturas «populares», es decir las lecturas realizadas por los entornos menos alfabetizados o enfrentados a repertorios de textos más limitados. Hay pues un interés por identificar esta pluralidad directamente enraizada en la diferencia social y cultural. Creo que la manera de analizar la lectura pasaría por cruzar esta dimensión cronológica y morfológica con la identificación de las diferencias socioculturales.

LA VIE DES IDÉES: Hay un libro de Pierre Bayard que es muy divertido y a la vez profundo, *Cómo hablar de los libros que no se han leído*. Al fin y al cabo, de los libros no sabemos a menudo más que lo que dicen los críticos o los cineastas que los adaptan. ¿Diría usted que hoy se leen libros o más bien que simplemente se llegan a conocer sus derivados?

ROGER CHARTIER: La cuestión es saber si hay una innovación en torno a la idea de que se pueden conocer libros que no se han leído, una innovación de las dife-

rentes formas de mediación. Este conocimiento mediato se ha visto fortalecido por el desarrollo de los lugares de mediación. Sin embargo, tales formas ya existían antiguamente. En este sentido, *Don Quijote* es sin duda el primer texto que invita a entrar en la modernidad de la lectura, en primer lugar porque su tema principal es la proyección del texto sobre el mundo y la presencia del mundo incorporada en el texto, pero también porque, rápidamente, gran cantidad de lectores han conocido a *Don Quijote* sin haberlo leído. La presencia de los personajes en las fiestas de la corte o en los carnavales, la circulación de representaciones iconográficas de escenas de la novela, la adaptación a representaciones teatrales, y también la lectura fragmentada del texto –posible gracias a su estructura en capítulos–, han hecho que, muy pronto, las referencias a *Don Quijote* hayan circulado sin que se haya podido afirmar que los lectores hayan leído la totalidad de las dos partes, habiéndose publicado en 1615 la segunda. Aquí tenemos la primera matriz de esas formas de acceso a los textos a través de mediaciones que son las lecturas fragmentadas o bien la presencia del texto fuera del texto. Creo que es una historia muy importante: cómo personajes o historias salen de las páginas para convertirse –en el escenario, en una fiesta, en los discursos– en realidades independientes y diferentes de la escritura.

También se podría pensar en la técnica dominante del humanismo: la técnica de los lugares comunes, es decir la capacidad de volver a utilizar ejemplos, sentencias, modelos que sirven para producir nuevos discursos. Se trata de una técnica de lectura que desmiembra los textos y que a veces se sustenta en los desmembramientos realizados por otros, ya que es posible consultar recopilaciones de lugares comunes; en ellas se pueden encontrar recursos retóricos y estilísticos para las producciones propias.

La idea de que se pueden conocer textos sin haberlos leído, de que la lectura de fragmentos sustituye a menudo a la lectura de la totalidad, no es por lo tanto nueva. En las sociedades contemporáneas, lo que sin duda ha amplificado el fenómeno es la multiplicidad de adaptaciones visuales, más allá de las series de estampas que han propuesto el cine y después la televisión. Éstos han creado una familiaridad con obras que nunca hemos leído. Lo que ha cambiado es la modalidad del impacto.

LA VIE DES IDÉES: En un artículo reciente, Robert Darnton escribe que es importante tener la sensación física del libro, percibir «la textura del papel, la calidad de la impresión, la naturaleza de la encuadernación. [...] Los libros desprenden también un olor particular»³. Para terminar, permítame hacerle una pregunta personal: ¿qué relación tiene con los libros? ¿Cómo lee usted?

3. R. Darnton, «The Library in the New Age», *The New York Review of Books*. Vol. 55, n° 10, 12 de junio de 2008.

ROGER CHARTIER: El yo es odioso, dijo alguien una vez. Además, creo que esta pregunta es una trampa si pensamos en lo que Bordieu dijo acerca de la ilusión biográfica. Este tipo de preguntas conllevan que demos una respuesta en la que, incluso de forma inconsciente, construimos una imagen de uno mismo. Lo más importante, especialmente en la primera parte de la observación, es que Darn-ton se hace eco de su trabajo como historiador. En el siglo XVIII, efectivamente, como él lo demuestra en muchas de sus cartas, muchos compradores de libros estaban interesados en esa materialidad, en la naturaleza del papel, de la tinta, etc. Todos esos elementos, que conforman la nostalgia de aquellos que piensan que el libro ha muerto, son la alegría de un determinado número de bibliófilos o lectores. En mi opinión no deben de ser considerados bajo esa dimensión afectiva, en el sentido de las páginas que hemos perdido, sino bajo una dimensión intelectual: las formas de inscripción de un texto delimitan o imponen las posibilidades de su apropiación. Esto se aplica en primer lugar a las apropiaciones del tipo más económico, puesto que los precios de venta dependen de estas formas materiales. Un libro de bolsillo no cuesta lo mismo que una edición encuadernada. Además de las condiciones de apropiación material y económica, están las condiciones de construcción de significado, que están ligadas a la elección del formato, la elección de los caracteres, a la división del texto, a la presencia de ilustraciones, etc. Esta observación, que se sitúa en el plano afectivo de la relación de intimidad con el objeto, se puede pues convertir en una herramienta de conocimiento.

En lo que se refiere a la segunda pregunta, pienso que la única respuesta es la que comentábamos hace un momento. Hoy en día, todo el mundo desarrolla esa pluralidad de relaciones con el texto leído en función de las preocupaciones, las ocupaciones, las actividades o los deseos. En este sentido, leemos de forma intensiva y extensiva textos que son dignos de ser considerados como lecturas legítimas, y otros que podríamos considerar fuera de esas categorías. A veces escuchamos un diagnóstico según el cual se afirma que cada vez leemos menos. Es absolutamente falso: nunca una sociedad ha leído tanto, nunca se han publicado tantos libros (aunque las tiradas tiendan a disminuir), nunca ha habido tanto material escrito en los quioscos o en las tiendas de venta de prensa, y nunca se ha leído tanto como consecuencia de la presencia de las pantallas.

Por lo tanto es absolutamente falso pretender que la lectura ha disminuido. En cambio, lo que está en juego en este tipo de observación es el hecho de que a menudo el que plantea como el que recibe la pregunta no consideran dignas de lectura las mismas cosas. Christian Baudelot publicó un libro que llevaba por título *Et pourtant, ils lisent* [Y sin embargo leen], es decir que destaca el contraste entre las declaraciones de los adolescentes, en especial chicos que no querían de ninguna manera dar una imagen de lectores (porque tenía con-

notaciones ligadas a la pesadez escolar, a actitudes convencionales, una cultura que se rechaza), y sus comportamientos reales: leen en el colegio, leen en las pantallas, y gran cantidad de materiales son leídos por aquellos que declaran no leer nunca. Encontramos el mismo tipo de análisis en los estudios de los historiadores que emplean conversaciones con lectores nacidos a principios del siglo XX en entornos populares y rurales.

Esto revela las tensiones entre los discursos sobre la lectura, que se refieren siempre a una norma de legitimidad escolar y cultural, y las infinitas, diseminadas y múltiples prácticas propias de los diferentes materiales impresos y escritos a lo largo de un día o de toda una existencia. La definición de la legitimidad, la articulación entre lo que se considera lectura y la infinita cantidad de prácticas sin calidad, pero que son sin embargo prácticas de lectura, es quizá el mayor desafío de las sociedades contemporáneas. La multiplicidad de las prácticas diseminadas, así como la de las apropiaciones de la escritura, puede ser reveladora de las divisiones que fracturan el mundo social y de los diferentes recursos gracias a los cuales los individuos pueden conocerse mejor o conocer mejor a los otros. No se trata de plantear la equivalencia de todos los textos leídos, pero yo no me libero de la tensión entre las lecturas para un trabajo intelectual o para el placer estético y esas innumerables lecturas sin calidad que hacemos a lo largo del día, en la prensa o en Internet. Me parece que ésa sería la respuesta donde el caso del individuo puede generar una reflexión acerca de las prácticas de conocimiento que son objeto de la materia que hemos abordado.

© La Vie des Idées, 2008

TRADUCCIÓN DE SONIA BERGER

